

JUAN MALPARTIDA

EL MUNDO
COMO ENSAYO

BARCELONA 2026



ACANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2026 by Juan Malpartida Ortega
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

Cubierta a partir de *Pequeños mundos VI* (1922),
de Vasili Kandinski

ISBN: 979-13-87964-08-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 599-2026

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2026*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

El tema del escritor auténtico son sus problemas; el del espurio, los de sus lectores.

NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA

No existe nada ni nadie en este mundo cuya misma existencia no presuponga un espectador.

HANNAH ARENDT

Definible sólo es lo que carece de historia.

NIETZSCHE

No hay en todo el diccionario una palabra en la que reposar la cabeza.

OCTAVIO PAZ

Aprender a convivir con la complejidad significa segregar un plus de creatividad para adaptarse a la esencial imprevisibilidad del mundo.

SALVADOR PÁNIKER

La consciencia no es distinta de la leche o los huevos.

ANTONIO DAMASIO

Una cosa es también el lugar donde está.

ALLAN WATTS

A María

A

veces hay que elegir el camino menos acostumbrado para llegar a casa, siempre que esté en nuestro propósito llegar realmente y no el gesto circular de la rutina. Todo catálogo o repertorio es parcial, salvo si está determinado por una intención ideal, como el catálogo de Platón. Un diccionario supone un proceso inacabado, inacabable, el infinito en palabras. Como objeto, tiene un fin perimetrado de forma arbitraria o metódica, pero paradójicamente contiene un infinito sólo cancelado por la sensatez o el cansancio. Quien escribe un diccionario dibuja el mundo o, más bien, presiente en cada palabra una totalidad que se insinúa en el margen interno o en el horizonte de sugerencias y, en consecuencia, intuye un movimiento del significado y de la presencia necesariamente parcial.

Toda ordenación supone una imagen; en cierta medida, una visión del universo, y sin duda es también imagen (al sesgo) de quien la genera. Un libro ordenado con la articulación de un diccionario supone en principio una síntesis, como aconsejado por aquel principio de Ockham: que no hay que multiplicar los seres sin necesidad. Pero también podríamos apelar a la necesidad filosófica de la explicación, de dar cuenta, o bien de la creación literaria, de la poesía. Los diccionarios están llenos de cosas concretas que se pretenden exactas, pero también de numerosas abstracciones y generalidades, de fantasmas y estantiguas, porque por mucho amor que tengamos a lo ceñido y cabal, no podemos entender esta rama de acebo o este cilindro de cristal sin mirar alrededor, sin comparar el color, la forma, las diferencias y afinidades, que es el mundo de no acabar. Si cada cosa fuera sólo una y sólo ésa, para una gacela, por ejemplo, cada vez que viera u oliera cerca una leona sin desayunar, acabaría en sus garras, y no habría experiencia: en rigor,

no habría gacela como especie, no se habrían podido adaptar bien esos animales para los que todo fuera único. La experiencia es el sustrato que nos informa de que esto es como aquello, de que hay que correr, correr mucho cuando una categoría nos informa del peligro de lo particular. La muy astuta gacela sabe de alguna forma que esa leona en concreto, única en su instante, que asoma sobre las altas hierbas, tiene que ver con la leona o, dicho de otro modo: el acto de percibir ciertos datos visuales, olfativos y cinéticos se traducirá en algo así como «es igual o semejante a la otra», así que ¡a correr! Incluso muchos animales emiten un signo para indicar «peligro, leones» (o la amenaza que sea). Bueno, pues aquí habrá leones, y también singularidades, noches de vigilia y días de sol rodando por la rutilante pradera de las analogías.

Un movimiento doble entre la disidencia y la adaptación al sentido común, a veces distante del sentido común; otras entregado a él como a una madre originaria y poderosa en su bondad que nos hace descansar en el sentido sencillo y exacto de las cosas. Si desconfiamos demasiado, si sometemos todo a un escrutinio sin apoyo, ya advierto que no daremos un solo paso en la maleza, sino que pasaremos las horas, los días y los años dando vueltas al mismo lugar, y creyendo además que hemos dado algún pasito, que nos hemos orientado.

Si lo observamos bien, es sencillo: lograr una simpática e irónica relación entre lo que lleva a cabo la afilada navaja del franciscano Guillermo de Ockham y el sistema del también franciscano Duns Scoto, que era un realista y que podía aceptar, por poner un ejemplo pedestre, que Sócrates y Platón tenían en común el ser hombres, es decir, una abstracción, pero de una utilidad incuestionable. Sin embargo, dada la complejidad de lo que ha venido a llamarse «realidad», «realismo», «idealismo», «abstracción» o «universales», creo que sería mejor decir que es sensato ir desde la navaja ajustada al grado cero—verdadera poética del haiku, que es como también operan los científicos al formular de forma escueta y elegante—a Monsieur Proust,

que quizá contrajo el asma a fuerza de frases encabalgadas y proliferantes. Hay corredores ocultos en la noche babélica entre las palabras mismas, entre ellas y las cosas, entre las frases y los procesos no simbólicos, como es nuestro sistema neurovegetativo o los corrimientos de las placas tectónicas. Y, hablando de movimientos geológicos, esta poética de experimentar en las palabras supone desplazamientos, rizomas, cantos a capela, cuentos de las mil y una noches y mercadillos vociferantes en la plaza bajo los tendajos rituales de las estaciones; proliferaciones fractales o bien delirantes, salidas arriesgadas del surco, fatalidad y juego en un retrato del mundo desde una esquina apenas visible de un yo que escribe su biografía (parcial, según los designios del tiempo) y que abriendo la boca como para coger aliento profiere un...

- A Es la primera letra del alfabeto. Vocal. La única que merece aquí una atención aislada, aunque si la interrogamos, señalará al tejido del que forma parte. Es una partícula del lenguaje capaz de acabar con Dios o con todas las palabras. Sócrates en el *Teeteto*, tratando de entender la relación entre las partes y el todo, analiza una sílaba, la primera de su nombre, *so*, que se puede pronunciar, pero carece de significado porque no es prefijo. Luego quita uno de sus elementos y se queda en una consonante: *s*, sibilante; así que estamos en la música, en la protolengua que tiene todos los significados y ninguno.

El primer vocabulario es mesopotámico, y fue encontrado en Nínive. Ya entre nosotros los españoles, el *Códice Emilianense*, considerado el primer diccionario enciclopédico de la península ibérica, en su vocabulario latino comienza, claro, por la *a*: «*A uox est, ante uerbum uel apex prima*». Glosar viene de antiguo. Los griegos, al explicar a Homero, glosaban, y los romanos, que tanto siguieron los andares griegos, glosaban los términos desusados de los autores que comentaban. A Filitas de Cos (siglo IV a. C.) se le debe un

vocabulario, quizá el primero entre los griegos, titulado *Palabras desordenadas*. Se aprendía la gramática comentando a los clásicos: una herramienta, la lengua, y un mundo. Recuerdo que en el colegio la aprendíamos recitando reglas sin objeto. La pérdida del modelo (excelso) es un quebranto de la vivacidad, de la poesía, clausurada en honor de un criterio absurdo y empobrecedor. En los comienzos de nuestra era proliferaron lexicones, terminologías médicas y botánicas, alcanzando, según los estudiosos, en los siglos IV-VI, un punto culminante. Algunos diccionarios árabes, desde el siglo VIII, estaban organizados por la última sílaba de la palabra, como si fueran un diccionario de rimas: aunque también los ordenaron por la primera letra, como sin duda es más racional. El filólogo medievalista Manuel Díaz escribió que «Un glosario en la Alta Edad Media es, por definición, un libro vivo, que cambia según las necesidades de la época, pero que también puede desarrollarse de manera particular en un sentido concreto, de acuerdo con los materiales disponibles y los intereses de la comunidad». Cámbiese época y comunidad por tiempo y yo (que, bien explorado, acaba expresando no lo singular, sino lo plural, una suerte de comunidad en solo un cuerpo y alma) y se encontrará la poética de este libro.

Alfabeto, como aclaraba Voltaire en su *Diccionario filosófico* (que comienza por la palabra *alfabeto*), significa ‘alfa’, ‘beta’...; a, b... Los griegos, es bien sabido, copiaron el alfabeto de los fenicios, y esto facilitó rápidamente el desarrollo de la cultura literaria, histórica y filosófica. Platón lo aprovechó bien, aunque desconfió de la escritura para el ejercicio extremo del saber, para el saber de las cosas últimas. Lo cuenta en su *República* y en alguna carta. Aunque alfabeto no era un nombre, sino el comienzo de una enumeración, que podría seguir hasta la z, y de hecho eso es lo que promete, tiene el acierto de ordenar, aunque ese orden es sólo la necesidad de un comienzo, un punto del que partir, un prin-

cipio. Si vamos a algún lugar, comencemos por alguna parte. Alfabeto es, sospecho, *alguna parte*, y su contenido será, como ya vio la mente más divertida y no poco ilustrada de su siglo, Voltaire, tanto conocimiento como absurdo, disparate. Es lógico comenzar por una vocal, un sonido protocolar. Cualquier bostezo emite un aaah. También el pasmo de la admiración: ¡ah! En español cumple la función de una mano y una carretilla; enlaza, acompaña, transforma y carga contenidos que no son suyos. Es una colaboradora que no tiene propiedad cuando está sola, pero de una riqueza inusitada en cuanto se asocia, una suerte de virus. Es una preposición, algo que debería haber dicho al principio si esto fuera un diccionario. Como tal, es invariable. Ahí está, con orgullo, con toda su familia: *a, ante, bajo, cabe, con, contra, de, desde, durante, en, entre, hacia, hasta, mediante, para, por, según, sin, so, sobre, tras, versus y vía*.

Si nos fijamos bien en una palabra, veremos que se mueve y reverbera, quiere ser otra porque se sabe hecha de otras, de roces, rotaciones y gravitaciones. El grado de incertidumbre de una palabra radica en que su realidad deviene del nivel de participación en el uso, abuso y consagración del hablante, en ese sistema granular del idioma, que a su vez participa del grado superior del lenguaje, que hace que sus significados sean traducibles. Por eso la palabra ha de ser sorprendida en un sistema vivo, en su situación en el monólogo o la conversación, en su fijación dinámica en un poema, novela o tratado científico. Pero siempre habrá una dimensión que se nos escape y, por lo tanto, seguiremos hablando y escribiendo hasta el final de la noche.

ABANDONO Nuestra palabra viene del francés *abandonner* (*laisser à bandon*), ‘dejar en poder de alguien’. *Bandon* era ‘poder’, ‘autoridad’. Corominas nos informa que, en español, se comenzó a utilizar en 1270: abaldonar. En latín, al parecer, hay tres términos para este contenido: *trado, relinquo, condono*. «Abandonado a su suerte», es lo primero que

pienso: ésa es la condición humana. El hombre lo es porque está lanzado a la suerte, que puede ser fortuita o causal. Lo fortuito, en el sentido de azar, muchas veces es el resultado de nuestro desconocimiento del conjunto de posibilidades. El mundo vegetal o animal no está lanzado igualmente a su suerte, aunque deba jugársela con el medio ambiente que le es propio. El ser le está dado, pero no su supervivencia. ¿Carecemos nosotros de ser? Obviamente, no, pero su naturaleza radica en que cuenta con nuestra libertad.

La Fortuna, entre los romanos, era la diosa que simbolizaba la suerte, buena o mala, aunque generalmente se la ha asociado con lo bueno, y por ello se la representaba con una cornucopia: la abundancia. Pero es curioso observar cuánta mala suerte puede enumerar cualquier persona o cualquier pueblo. Lo normal es nacer y crecer en una familia, con unos padres, pero no es la situación de todos. Los niños abandonados forman parte de toda la historia que conocemos, y en algunos casos el abandono está unido a un modo de providencia, como Moisés, que tras haber sido abandonado en una canastilla y criado como egipcio, reconocerá su origen y se convertirá en el libertador y guía del pueblo de Israel. Edipo, y los hermanos Rómulo y Remo, niños abandonados, forman parte de la mitología, tan fundante como lo que llamamos con precipitación «hechos reales».

Jean-Jacques Rousseau, en un siglo en el que se abandonaba a casi un tercio de los nacidos, abandonó a los cinco hijos tenidos con Thérèse, su asistenta (al final de su vida se casó con ella). Es una paradoja que este notable escritor sea el autor de uno de los tratados de educación más famosos, el *Emilio*, donde desarrolla (y aplica en la ficción) una libertad no prospectiva, sino negativa, liberal. Cuando yo era muy niño, a veces fantaseaba con ser abandonado por mis padres. ¿Intuía entonces un segundo nacimiento? El abandono como dejación, salida del orden y refundación de la personalidad. Recuerdo el impacto de la lectura en la puber-

tad de *Robinson Crusoe*, el libro de la heroicidad cotidiana y de la acción. Un joven, tras un accidente naval, abandonado a la suerte en una isla, a un horizonte abierto de posibilidades y la urgencia de la decisión continua. Neruda tiene este verso de juventud: «Abandonado como los muelles en el alba». Y Pessoa: «Todo muelle es una nostalgia de piedra». Los muelles abandonados por los barcos, y él mismo, pétreo, nostalgia del otro lado. Todo abandonado tiene nostalgia de otra parte, pertenece, aunque sea por un tiempo, a otra realidad. Las tareas abandonadas, los amores abandonados, los niños o viejos abandonados. El abandonado sufre pasivamente—porque previamente pertenece en alguna medida a otro o a otros—la determinación de ser apartado de un orden. Hay dos dimensiones al menos del término *abandonar* en los dos mundos que generaron nuestra civilización: el «No me abandones» de Sócrates dirigido a la voz de su *daimon*, y la queja de Cristo a su padre, «¿Por qué me has abandonado?». La voz que oye Sócrates es la del Bien y le llevará por un camino recto hasta la dramática encrucijada final: muere como un filósofo, lo más cercano posible a la sabiduría. Sócrates había oído la voz y le pidió fidelidad, compañía, así fuera en la tragedia. Cristo padece, en un momento de extremo dolor, el sentimiento del abandono y de fundación: es, por un instante, igual que todos los mortales.

ABSOLUTO El todo y la nada son absolutos. El resto es relativo, en el sentido de relacionado, sin una entera naturaleza propia, no determinada (esta necesidad del budismo, del platonismo y de todos los monoteísmos, de lo que es en sí...), y en esto consiste la gracia plural y complementaria de la vida y la posibilidad de cualquier diccionario.

ABURRIMIENTO Estaba a punto de decir que el aburrimiento es un sentimiento puramente humano, pero no, porque recuerdo haber observado a un perro que tuve, *Tedy*, bostezar y aburrirse, y cambiar de ánimo en cuanto le proponía salir a la calle o le echaba una pelota. También parecen aburrir-

se algunos primates, y bostezan, y, por el lado contrario, divertirse mucho, de modo muy parecido a como lo hacemos nosotros, a como lo hacen los niños, llegando en su exaltación a incordiar a los mayores.

Pero nuestros aburrimientos, como el resto de nuestros sentimientos, toman proporciones y aspectos inéditos en cuanto nos detenemos un segundo en ellos. Los actos públicos, tales como homenajes y entrega de premios, son especialmente aburridos. Deberían ser muy rápidos, breves e intensos, como un apretón de manos. Rara vez los discursos, incluidos los de agradecimiento, son ingeniosos y vivos. Me gustan cuando hay bromas, porque quitan solemnidad y mermán los posibles excesos que exigen, en los que se llega, por incredulidad, a hipérboles penosas que queremos disculpar con celeridad. La obra—sobre todo literaria o artística, no la científica, que es más mensurable y concreta—parece estar en otra parte y tener otro sentido que el que se le atribuye. Los discursos de los políticos acusan formulismos tan al parecer necesarios como impostados. Pero en el ejercicio de lo público, también algunos privados no se privan de caer en expectativas fantasmales y retóricas muertas. Recuerdo que la hija de un premio Cervantes, debido a que su padre era muy mayor, tomó en muchas ocasiones la palabra en los actos organizados con motivo de la entrega de dicho premio, pero aprovechó para hablar de ella misma, de su infancia, de lo que había supuesto su padre en su infancia, adolescencia... Esto sumado a que, con un entusiasmo digno de una tómbola, en una sala donde había más de veinte o treinta escritores, en algún momento dijo que adelantaba una primicia como que el texto del discurso con las correcciones a mano iba a estar en la exposición sobre su padre en la Universidad de Alcalá. Bostezo. Hay una foto de Roland Barthes en un acto público, su cara de aburrimiento, su boqueada hacia dentro, recorriendo minuciosamente su ánimo. Heidegger escribió que el aburrimiento es una de las puer-

tas del ser. Yo creo que no se refería a este aburrirse que yo menciono. ¿O tal vez sí? Intuyo que este aburrimiento cierra la puerta. De niño a veces me aburría mucho, sobre todo los domingos por la tarde, y entonces se abría ante mí un espacio igual a sí mismo, dilatándose, ajeno, inasequible. Tal vez aquel aburrimiento tenía que ver con la apertura hacia el ser de la que habló el filósofo: el espacio del ser, o de la nada. Ahora sólo me aburro ante los discursos y el parloteo del yo, como si estuvieran hechos para decir que nunca hubo ni habrá poesía.

ACCIDENTE El accidente no es igual que el azar, sino la irrupción de una extrañeza en una sucesión acostumbrada, natural, lógica. El accidente suele aplicarse a irrupciones negativas, aunque se habla también de «feliz accidente», pero suele referirse sobre todo a aquello que sucede causando deterioro: accidentes de tráfico, caseros, laborales. No es un accidente haber nacido, pero la miríada de circunstancias imprevisibles en su minuciosidad, que hacen que un espermatozoide y no otro sea recibido en un óvulo y no otro, depende de factores determinados y determinantes muy fuertes por un lado y, por el otro, de algún grado de azar. ¿El Big Bang que al parecer está en el origen del universo fue un accidente? ¿Qué era lo regular hasta entonces? ¿La palabra entonces tiene algún sentido en esta frase? ¿Fue un accidente el surgimiento de la vida en la Tierra? Lo acostumbrado era la no-vida, al menos como la entendemos, al igual que la vida reproduciéndose a sí misma durante miles de millones de años era lo acostumbrado hasta que una célula procariota se comió a otra y no pudo deglutirla, interrumpiéndose el juego de hacer más de lo mismo, como era necesario hasta entonces. Fue un accidente, un atasco gástrico monumental para el que no había bicarbonato sódico que ayudara. Ese accidente—¿feliz?—se resolvió, con la ayuda de mucha determinación y no poca incertidumbre, en los bosques y faunas que conocemos, y aquí estoy yo escribiendo de vez

en cuando una de estas voces, quizá como el ADN hace proteínas, y tal vez por la misma razón insensata, absurda y maravillosa: la perseverancia en la vida. Y ahí (que es un aquí para ti) estás tú, lector.

El accidente es un quiebro en una regularidad, pero podemos darle la vuelta en alguna medida y sumirlo no en regularidad, sino en sentido. Para que el accidente no sea lo siniestro, aquello que hay que expulsar, necesitamos algún grado de orden, en el sentido de ritmo, de rima, de correspondencia. Lo malo suele darse cuando el accidente irrumpe en un momento de una vida en la que el sentido apenas se vislumbra. El accidente entonces confirma que nuestra vida es absurda y que lo que estalla en nuestra regularidad, como un pájaro súbito en nuestra mesa, no hace sino evidenciar que su regularidad no era armonía. Armonía: diálogo entre una interioridad humana y social y elementos no visibles de lo visible, llámese cosmos o mitología. No podemos evitar el accidente, es más: en cuanto que participa del azar, forma parte de nuestra condición necesariamente libre. La libertad es el principio axiológico sin el cual no tiene ningún sentido que discutamos nada, porque someternos a la razón y al diálogo como búsqueda implica un tipo de libertad; al igual que la existencia de la realidad es el principio axiológico que si lo negamos el resto carece de sentido, incluso el acto de negación. ¿Qué realidad estaríamos negando? Todos queremos evitar el accidente y acabamos encadenando al Azar, ese Prometeo que nos funda a cada instante al darnos la posibilidad de querer, de elegir. La libertad no quiere lo azaroso, sino determinar su acción gracias a que hay azar, y tal vez, si hay suerte, podamos encontrar el acorde.

ACCIÓN Puesto que somos libres, y si alguien dice lo contrario que saque todas las consecuencias, actuar supone primacía sobre el pensamiento. Al actuar percibo mi libertad, luego soy. El pensamiento que rumio mientras estoy sentado o

caminando, en principio sólo modifica a otro pensamiento, pero también puede influir en lo que hago, es decir, en la acción, donde la modificación está relacionada con mi voluntad y capacidad de elección. Puedo elegir este pensamiento o este otro, pero es algo que sólo sucede en mi mente, no hay prueba de que la libertad sea real, sólo cuando adopta algunas de las formas de la acción, como hablar con alguien o decidir determinarme entre posibilidades diversas.

Ciertas acciones pueden ser concebidas por otros como éticas o no éticas, pero no la anulan como libertad de un individuo. La libertad es previa a la moral, pero puesto que el individuo sin sociedad (lenguaje) es imposible de concebir, nadie podrá actuar sin que su acción se dé en el mundo de los otros. Soy libre, pero no de sustraerme al juicio y a las demandas de los otros en función de lo que hago como ser libre. La libertad identifica al hombre como ser moral: tienes que hacerte cargo de lo que haces. ¿Por qué? Desde Sócrates lo sabemos: porque el otro también quiere su libertad, quiere su ser. La libertad que somos supone que todo individuo es social y, por lo tanto, se enfrenta a la libertad del otro, a menos que quiera negarla (liberticida, déspota, idiota, etcétera), pero al hacerlo no será filosóficamente riguroso, porque esa negación debería negar también la propia libertad, es decir, la propia percepción de su humanidad. Si todo está bien pensado (y éste es un jardín donde cualquier filósofo pisa flores, más aún yo, que zascandileo), concluiremos lo que formularon Rousseau y Kant: que la acción tiene primacía sobre el pensamiento, porque la acción es inherente a nuestro ser radical: antes de pensar, ya estamos modificando y siendo modificados. Sin pensar no hay consciencia de mi sentimiento de libertad, aunque podemos actuar movidos por sentimientos de lo que debe ser o no debe ser. La acción, como las percepciones y los sentimientos, está cargada de significados, pero sólo el pensamiento filosófico se pregunta por su sentido.